

## LIBROS DE CABALLERÍAS Y COMERCIO DE LIBROS EN EL SIGLO XVI (Resumen)

Hace más de quince años el escritor Fernando Arrabal podía decir sin empaque que Feliciano de Silva era *el chivo expiatorio mejor apuntillado que ha dado la historia de nuestra brillante literatura*. Denostado por el estadal castellano que impuso el *Quijote* y la ética literaria aplicada desde el romanticismo, que valoraba ante todo el criterio – por otro lado ambiguo- de la originalidad, la obra del mirobrigense había pasado por la investigación sin merecer más consideración que la citada.

En este premeditado olvido otro factor a tener en cuenta es el escaso interés que para la Historia de la Literatura ha tenido el relato popular hasta hace pocos años. En la actualidad, éste ha encontrado su acomodo en la investigación hispana hasta el punto de poder decir que los libros de caballerías y en general la novela renacentista son temas de moda. Por todo ello, aunque Feliciano de Silva seguirá purgando como autor menor del XVI español, ya no puede ser considerado como un *maldito* dentro de las letras. Probablemente y aunque sea verdad que, cada cierto tiempo, el tema de la caballerescas esté en el calderero de nuestra investigación, la diferencia en las últimas décadas estribe, en que, por vez primera, interesan aquellas obras por sí mismas y no por sus connotaciones cervantinas.

En cualquier caso no es preciso recordar que en el origen por el interés del escritor mirobrigense se encuentre su mención por el autor del *Quijote*, siendo así Cervantes quien apadrinara su entrada en el olimpo literario. Una prueba de este aserto es que, por el contrario, de su paisano Francisco Vázquez, quien compusiese las dos primeras entregas del ciclo caballeresco de *El Palmerín*, el más influyente de las letras castellanas (junto con el de *Amadís*) a lo largo del siglo XVI, apenas si se ha ocupado la investigación hasta fechas más o menos recientes.

En efecto, Cervantes inmortalizó, al repetirlo, uno de sus ya famosos e intrincados razonamientos: *La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura*. Que fuera, tal como ha venido planteándose, con ánimo de mofa, ha sido negado en su momento por Arrabal, quien no supo traer a colación ejemplos más o menos coetáneos como los de Fray Antonio de Guevara u otros al parecer más profundos por tener su origen mismo en el epicentro de la mística del Siglo de Oro y que no desmerecen en mucho a los de Feliciano quien, a pesar de todo, aún nos sigue “espantando” con sus abundantes razones: *el que más sabe, sabe, con saber, que no sabe ni puede saber en sus cosas propias*.

Como ya he comentado, su aportación literaria ha merecido respeto en su condición de continuador de la saga del *Amadís de Gaula*, habiendo escrito lo que se considera es el VII, IX, X y XI libro de la prole amadisiana . Pero también fue autor de una *Segunda*

*Celestina*, obra, que sin llegar a la altura literaria de la escrita por Fernando de Rojas, es comedia ingeniosa y de buenas mimbres literarias. Autor también de varios romances, la investigación ha subrayado, repetidamente, algunas notas singulares dentro del género caballeresco tratado por el mirobrigense, como la incorporación de elementos pastoriles y, junto a ello, lo que algunos han denominado el inicio de *la crítica de la caballería desde dentro*.

Poco se han detenido los investigadores, no obstante, en estudiar las relaciones literarias de este escritor, las cuales, al contrario de lo que cabría suponer en un hidalgo afincado en una población como la Ciudad Rodrigo del siglo XVI, fueron, según se va a exponer a lo largo de estas páginas, múltiples y refinadas. Hablo de Jorge de Montemayor, Núñez de Reinoso, Diego Núñez de Alba y otros intelectuales de la época que se relacionan con el denominado *círculo de Basto*, en Portugal, al que pertenecen escritores como Francisco Sá de Miranda, Bernardim Ribeiro y Cristovam Falcao quienes recogen en sus obras literarias o en su correspondencia privada alusiones a Feliciano de Silva y a Ciudad Rodrigo. Todos ellos parecen tener allí un punto de referencia que podría trascender lo puramente literario.

Corresponde a Carolina M. de Vasconcellos el haber reparado en las relaciones literarias que se establecen entre escritores de ambos lados de la frontera, entre el llamado grupo de Basto y Ciudad Rodrigo. Ocurría a finales del siglo XIX y el conocimiento de la obra y la biografía de algunos de los autores que aquí se citan era bastante precario: pesquisas posteriores encontrarán documentación aún inédita y muchas de sus obras no han sido reeditadas desde el siglo XVI. Pero en su enorme intuición filológica, Carolina de Vasconcellos llega a considerar a Núñez de Reinoso como el eslabón que se establece entre escritores de ambos mundos literarios: a través de Núñez de Reinoso, según la filóloga lusitana, pudo llegar hasta Ferrara el manuscrito de las obras de Bernardim Ribeiro.

Sobre estas relaciones han llamado la atención varios autores a lo largo del siglo XX aportando más información o proponiendo nuevas bases para aquella hipótesis. E. Asensio, a mediados del siglo, expuso la posibilidad de que Núñez de Reinoso escribiera su *Égloga Baltea* en Ciudad Rodrigo, cuestión que demostrará documentalmente más tarde Avalle Arce en el prólogo de su edición de *La Diana*. Por las mismas fechas M.A. Teijero Fuentes volverá reiteradamente sobre el tema en una serie de artículos.

Pero los acercamientos han sido monofocales, son notas que se disponen en las ediciones de alguna obra de los autores implicados o en los estudios que se hacen sobre uno u otro autor. La hispanista S. Cravens en 1962 relacionó también a Feliciano de Silva con el grupo de Basto analizando las connotaciones de su temática pastoril. Cravens también estudió las vinculaciones entre Reinoso y Feliciano de Silva en 1976, llamando la atención en las concomitancias existentes entre las obras de ambos autores, cuestión en la que C.H. Rose también creyó.

Otros investigadores han llegado a Ciudad Rodrigo interesándose en obras concretas. M<sup>a</sup> Carmen Pina, interesándose en la autoría del *Palmerín*, volvió los ojos hacia la ciudad para desvelarnos un poco de la biografía de un vecino y escritor, Francisco Vázquez, personaje aún muy desdibujado.

Hay quien no ve en esta historia más que meras especulaciones que parten de algunos conatos de relación, puesto que muchas de las vinculaciones que se argumentan están aún por demostrarse documentalmente. Uno de los más escépticos es J. Jiménez Ruiz quien ha lamentando la falta de argumentos sólidos que validen esta hipótesis. A pesar de sus dudas reconoce las relaciones de Núñez de Reinoso con Silva y con el grupo de Basto.

Creo que para considerar la hipótesis que aquí se presenta hay que comenzar por creer en la importancia de Feliciano de Silva como innovador en la ficción del siglo XVI. Innovación que solo pudo ser posible a través de una serie de contactos y relaciones que le hicieron buen conocedor de las tendencias literarias vigentes en Europa y que Feliciano, como catalizador, bien pudo difundir entre sus allegados.

Y ello es algo que Jiménez Ruiz está dispuesto a admitir: *con el tiempo, sin embargo, hemos tenido que aceptar que los primeros episodios pastoriles en prosa se hallan incorporados en narraciones caballerescas de Feliciano de Silva (...). La lectura de los libros de caballerías del mirobrigense depara continuas sorpresas que, en nada, responden al maldito predicamento que lleva colgado el autor, desde Cervantes, inmerecidamente* (pág. 14, nota 17).

De alguna manera también se han intentado explicar estas vinculaciones desde la perspectiva de los conversos. De esta manera la sospecha sobre el estatuto de converso de Feliciano de Silva fue propuesta en la década de los ochenta por M.C. Daniels. También Consolación Baranda, en su edición de la Segunda Celestina, incide en estas relaciones a partir de los elementos conversos.